

Jacobo Bergareche

Los días perfectos

Austin

Junio 2019

Querida Camila:

Me doy cuenta ahora de que durante el último año los momentos de felicidad más recurrentes y reales de mi vida han sido lo que Carmen, mi hija pequeña, llama *guerra*. Es un breve ritual de pelea simulada que Carmen me exige muchas noches, antes de ir a la cama. Ella me mira con furia y me lanza sus piernas y brazos con movimientos amenazantes inspirados en algún arte marcial que ha debido de ver en el patio del colegio, yo debo cazar alguno de sus miembros al vuelo, inmovilizarla, hacerla girar sobre mis brazos en una voltereta y arrojarla al colchón de la cama, después ella intenta levantarse y yo debo impedirselo con cierta violencia, empujando su frente hacia atrás mientras se incorpora, ella se estrella en la almohada y trata de levantarse de nuevo, y yo la tiro hacia atrás otra vez. Después le agarro de los tobillos, y de una sacudida la volteo y la dejo boca abajo, y una vez boca abajo, le hago cosquillas hasta que dice basta. Ella aguanta todo lo que puede antes de rendirse, entre carcajadas y alaridos. A veces algo sale mal, y ella me golpea en la nariz y me hace daño, o yo le clavo las uñas y le dejo una marca, o ella se estrella contra la pared y termina llorando. Pero la mayoría de las noches me pide más, exige que repitamos la voltereta, y el volteo por los tobillos, y las cosquillas en los pies, y me chan-

tajea diciéndome que si no prolongamos la guerra no me dará un beso de buenas noches, sabe que mi día no termina bien sin su beso de despedida antes del sueño.

Hay días en que no estoy en casa a la hora en que Carmen se va a dormir, y hay otros en que estoy tan cansado que no puedo emplearme en lanzarla prudentemente por los aires, con la seguridad de que no le romperé el cuello o que no se me escurrirán sus tobillos. Esos días, a menudo me torturo pensando que quizás no haya más guerras, que sin haberlo sabido he perdido la última oportunidad de una guerra con Carmen, que al día siguiente ella no querrá, ni al otro, y de repente se habrá hecho mayor y ya no le apetezca ser zarandeada de esa manera, ni le apetezcan los ataques de risa que provocan las cosquillas, que ya no quiera vender tan caro su beso de buenas noches, sino que lo regale sin más para librarse de mí. Porque igual que un día, hace aproximadamente un año, empezó a exigir una guerra antes de ir a dormir, habrá un día en que dejará de pedirla, y por mucho que yo procure acudir puntualmente a cada guerra, sé que es inevitable la llegada de esa última guerra, y que no sabré reconocerla como la última (a menos que el final sea producto de una desgracia, como que se golpee fatalmente la nuca contra el pico de una mesa, cosa que he pensado alguna vez que podría llegar a pasar, porque lamentablemente todo lo que puede pasar le termina pasando a alguien alguna vez) hasta que noche tras noche fallemos a nuestra cita, porque yo esté de viaje, o ella en un campamento de verano, y el tiempo se eche sobre nuestras guerras, y ella se haga más grande y yo más viejo, y nuestras guerras pasen a ser un recuerdo feliz de la infancia, y por fin se hayan concre-

tado en un número exacto y cerrado, el número de guerras que tuvimos, una primera, muchas otras, y una final. Un número que ignoraremos siempre, porque no llevamos una cuenta de nuestras guerras, pero no por eso soy capaz de olvidar que el número es exacto, y que hubo un primer ritual y que, más pronto que tarde, llegará otro que sea el último.

No solo me pasa con las guerras de Carmen, me pasa a menudo con todo aquello que amo repetir, cuántas veces me he despedido de una comida dominical con mi madre pensando que puede ser la última, cuántas veces me he ido de viaje y he besado a mis tres hijos, y al perderlos de vista he pensado que quizás fuera ese el último beso, porque quizás se estrelle el avión, o quizás mueran en un incendio absurdo causado por el humidificador con el que mi mujer cree prevenir las toses de los niños y al que yo no doy más crédito que a un remedio de herbolario. Y me pasa también contigo, sí, me pasa desde la primera vez que te besé, y que me fui a la cama deseando que ese primer beso tan improbable, tan inesperado, no hubiera sido el último, y al día siguiente, cuando me diste el segundo beso empecé a llevar la cuenta de cada uno que nos dimos los tres días que duró nuestro primer encuentro. Hasta que nos vimos de nuevo, pasé tantas noches peleando con el fantasma del último beso, resistiéndome a la idea de que ese beso ya te lo había dado sin darme cuenta de que era el último, y de que todo se había acabado, el telón había caído, la gente se había ido a su casa y yo seguía sentado en la platea esperando a la siguiente escena. Cuando después de un año volvimos al escenario del crimen y me diste ese beso en el aeropuerto antes de que pudiera decirte lo

que durante todo el vuelo planeé que te diría al verte otra vez, me quedé tranquilo y dejé por fin de contar, perdí el miedo a la finitud, me convencí de que esto se repetiría cada año, el último beso no parecía estar a la vista ya, se perdía en un futuro lejano.

Cuánto tiempo habré malgastado provocándome angustias que oscurecen mi mente como una neblina pasajera cada vez que algo me hace recordar que todo aquello que no quiero perder ha tenido un principio y tendrá un día su final. Trato de escapar rápidamente de ese pensamiento estéril, antes de que en la neblina de mi conciencia tome forma la visión concreta de una última vez, y yo me quede absorto contemplándola, y no pueda ya proteger a mi ánimo del influjo que esa visión tendrá sobre él.

Por eso, ahora que casualmente tengo en mis manos una carpeta con la correspondencia de un famoso escritor a su amante —ambos muertos hace mucho— no puedo dejar de angustiarme: puedo ver la primera carta de una historia de amor asomar al principio de esta carpeta, y a la vez puedo ver la última carta al final, y no puedo evitar hacer el cálculo a ojo de todas las hojas que hay entre ambas cartas, la primera y la última, y medir en cada punto las cartas que le restan a esa relación para extinguirse. Se puede decir que el conjunto de pruebas que quedan en el mundo de ese romance apenas miden medio centímetro de grosor, y caben en un espacio de treintaicinco por veinticinco centímetros, que es más o menos lo que miden las carpetas de color hueso en que están clasificadas las cartas del contenedor **II** del archivo de William Faulkner en el Harry Ransom Center con las que estoy matando el tiempo esta mañana, y con las

que sospecho que perderé el día entero, y los días venideros, hasta olvidarme por completo del propósito de mi visita que ya ha perdido todo interés para mí. Eran unos papeles demasiados tentadores, llego a ellos, como te dije, casualmente, y en ellos descubro una posibilidad de hallar respuestas, los leo con una fruición parecida a la de los adolescentes que leen el consultorio amoroso de las revistas juveniles. Y sin embargo, nada más ver la carpeta me asaltan nuevas preguntas. ¿Qué medidas tuvo lo nuestro (dejémoslo en *lo nuestro*, a falta de un nombre mejor)? ¿Qué huella ha dejado, qué residuo, qué cenizas? No hay memoria. Yo lo he borrado todo, absolutamente todo, y me consta que tú también. Solo sé que el año pasado te vi cuatro días en estas mismas fechas, en esta misma ciudad, y que el año anterior te vi otros tres días, en las mismas fechas y la misma ciudad. Verte se queda corto. Te tuve, me tuviste. Nos tuvimos.

Me pregunto si en algún sótano en Dakota del Sur o en Malta habrá un servidor activo que aún albergue una copia archivada de todos nuestros mensajes borrados. Es cierto que quedan un par de fotos de paisajes que contemplamos y que ambos compartimos en nuestras redes, pero siempre con exquisito cuidado de no dejar la pista de un nosotros. Solo en alguna foto de Instagram queda el dibujo irrepitable de las nubes en el cielo de un día que pasamos juntos. Y sí, me queda también el libro que me regalaste en aquella librería de Austin, y ahora me arrepiento tanto de haberte pedido que no me lo dedicaras, de haberte dicho con tanta cobardía y previsión que era mejor no dejar ninguna huella de *lo nuestro*, porque en estos momentos siento una súbita necesidad, después de haberme asomado brevemente y con mucha

envidia a esta correspondencia privada del señor Faulkner, de conservar un pequeño rastro, una traza, un indicio que me recuerde que *lo nuestro* ha sido, de que lo nuestro fue. Es un apetito que haría bien en no alimentar, hasta que entré en este lugar me sentía muy aliviado precisamente por la ausencia de residuos, por no tener un fetiche que al tocarlo me hiciera entrar en el tiovivo de fantasías de lo que podría haber sido esta semana aquí contigo, me alegraba de no tener ninguna foto que devolviera el recuerdo de las cuatro noches que pasé aquí contigo el año pasado ni de las otras tres noches que pasamos el año anterior. Me cuesta mucho creer que solo fueran siete los días que pasamos juntos, pero es que de verdad ocupan tanto espacio en mí que apenas puedo pensar en otra cosa mientras camino por esta ciudad, y más aún sabiendo que también tú estás aquí ahora, posiblemente a menos de quinientos metros, y que estarás aquí las próximas cuatro noches. Me había propuesto no escribirte, aceptar tu decisión sin pedir explicación alguna, me tomé como una orden lo que me habías pedido en tu mensaje final: «Mi marido decidió acompañarme en el último minuto, por favor ya no me escribas más. Dejémoslo aquí, quedémonos el recuerdo. Adiós, te quiero».

Borré el mensaje tras releerlo veinte veces, después borré también tu número de móvil para evitar cualquier tentación (el email no soy capaz de olvidarlo, era tan fácil). Ese *quedémonos el recuerdo* con el que me invitas a consolarme es lo que se me ha ido volviendo un problema, porque para quedármelo necesito conservarlo en alguna parte: ya se sabe que los recuerdos que no se apoyan en imágenes, ni palabras, ni objetos se deshacen

poco a poco en la memoria, pierden la nitidez, sus contornos se diluyen, sus colores se entremezclan y al final solo queda una mancha borrosa de luz contra esa oscuridad que termina por engullirlo todo.

Quedémonos el recuerdo, me dices, y con esta manía que tengo de identificar las últimas veces, me doy cuenta de que esa frase sea probablemente la última acción que conjugaremos en el plural de la primera persona, nuestra última aparición conjunta en primera persona del plural de un tiempo presente. Probablemente sea preferible no quedarnos el recuerdo, aún no tengo claro qué bien puede hacernos conservarlo, pero si como me pides hemos de quedarnos el recuerdo, habrá que construirlo primero de una manera en la que quede, es decir, habrá que preservarlo de una manera en que podamos quedárnoslo. Solo tengo el lenguaje para embalsamar. Por eso me vas a permitir que te escriba esta carta que probablemente nunca te mande, me basta con saber que te estoy hablando, quiero escucharme un poco más hablando con esta voz que tenía para ti, la voz que tú hacías brotar. Es así de lamentable, cursi e indigno, quiero escucharme a mí mismo hablar con esta voz que pronto va a perderse en tu silencio, quiero hacer sonar un rato más este instrumento que tan bien he aprendido a tocar y que solo servía para que tú lo escucharas.

Mientras escribo esto, me cabe la duda de si en realidad solo nos enamoramos de nosotros mismos enamorados, si lo que de verdad temo perder es la posibilidad de ser la persona que estaba enamorada de ti, esa persona que puede hacer, decir y sentir las cosas que hace, dice y siente una persona enamorada. Es una duda razonable, después de todo solo he pasado contigo siete días en

total, o más exactamente, tres días, seguidos de un año de ausencia, y otros cuatro días, seguidos de otro año de una ausencia que debería haber terminado ayer mismo, con un épico reencuentro en un aeropuerto. Es preciso contar también el tiempo sin ti, porque también la ausencia le ha dado forma a *lo nuestro*, igual que el silencio se lo da a la música, y la sombra a la pintura.

Después de los primeros tres días que pasé contigo, hace dos años, me di cuenta de que más que haber regresado a Madrid, en realidad lo que había hecho era regresar a mi vida, pues había estado fuera de ella, había vivido tres días en otra vida. Otra que era completamente mía también, que me daba esta voz, que solo me salía cuando estaba contigo, otra en la que no cabía nadie más y donde mi vida habitual, esta que por lo visto vuelve a ser ahora la única que tengo, desaparecía hasta que empezaba tu ausencia. Se puede tener más de una vida, pero no se puede estar en más de una a la vez, y solo se sabe que se tiene una vida cuando de repente te asomas a otra vida que pudo ser tuya.

Tuvimos siempre la delicadeza de evitar hablarnos de nuestras otras vidas (vidas o parejas, no sé bien qué término emplear), nos las ocultamos mutuamente en compartimentos estancos, higiénicamente, para no contaminar unas con otras. Yo no quería oír tu opinión de esa vida a la que me toca volver, ni quería imaginarte a ti en la tuya, ni considerar sus luces o sus sombras, ni compararme con tu marido, ni que te compararas con mi mujer. Era importante liberarnos el uno al otro de lo que somos cuando no nos vemos, de aquello a lo que nos toca regresar. Eso no va a cambiar ahora, no voy a hablarte de mi vida, no al menos en términos concretos, me quedo en

la metáfora para decirte que cuando llegaste, sentía mi vida como un enorme buque, cargado de contenedores apilados, algunos llenos de residuos tóxicos, otros llenos de ilusiones con fecha de caducidad, de responsabilidades, preocupaciones, otros rebosantes de deseos reprimidos. Era un buque insoportablemente lento sobre un océano demasiado ancho. Cada mañana uno se despertaba en él esperando que el mar estuviera tranquilo, que apareciera pronto un puerto donde poder descargar, porque con cada tormenta que habíamos pasado, todos esos contenedores apilados se habían desplazado, y el buque se había escorado ya peligrosamente. Fue en medio de esa travesía cuando te conocí, y sorprendentemente los pocos días que pasé contigo se posaron sobre el buque como un contrapeso preciso, la nave quedó equilibrada otra vez, empezó a navegar más rápido, llegó a puerto y descargó por fin decenas de contenedores.

Tres o cuatro días al año es la medida perfecta de la evasión, no deben ser muchos más. La parte de nosotros que ocultamos a los demás ha de ser pequeña, pues si no, nos convertimos en absolutos desconocidos para la gente a la que pertenecemos, y peor aún, nos terminamos convirtiendo en conocidos para la gente con la que precisamente disfrutamos de un trato íntimo entre desconocidos. Llega un punto en la vida en el que solo con los desconocidos se puede hablar, sin temor a asustarles ni a decepcionarles, de nuestros deseos ocultos, de aquello en lo que hemos dejado de creer, de aquello que ya no queremos ser y de aquello en lo que empezamos a convertirnos.

Me estoy poniendo insoportablemente poético (en el peor sentido de la palabra poético, quizás la palabra correcta es cursi), se me empieza a atragantar todo este asunto alegórico de *La voz a ti debida* y del buque de la vida. Yo que había venido a Austin principalmente a usar expresiones que me enseñaste, a bailar de a cartoncito, a apapacharme contigo, a un faje en el taxi de vuelta al hotel, y a coger, matarte la rata a palos (mi expresión favorita, sin duda), a planchar, abrochar, y como decimos los gachupines, a echar un polvo, un polvo soñado, ensayado y anticipado durante un año entero, y no. En vez de eso estoy aquí volando alto con metáforas, vistiendo el cadáver de *lo nuestro* con más arte que una momia egipcia. La alternativa es tratar de no pensar en ti, no pensar que estás caminando por este mismo campus mientras yo trato de escribir bonito (cursi), que quizás me cruce contigo al salir del Harry Ransom, y por el contrario, concentrarme en lo que supuestamente vine a hacer aquí, que era inventarme un reportaje para rellenar cuatro o cinco páginas del suplemento dominical del periódico, porque el director financiero, que es ahora quien manda de verdad en todo, no le veía sentido a pagarme un viaje solo para que asistiera al congreso, *para qué le sirve al periódico que vayas a ese congreso, pero si todos estos saraos los ponen ya por streaming*, quizás si nos hubiera visto bailar en el White Horse no me lo hubiera puesto tan difícil, hubiera entendido que la felicidad que pensaba traer de vuelta revertiría en toda la redacción. Pero así es todo ya en un grupo de medios español, un cambalache, *yo te pago el viaje, pero en el vuelo más barato, con tres escalas, Holiday Inn, dieta de bocadillos y además nos traes un reportaje o*

algo que justifique el dispendio. Supongo que el año que viene ni me pagarán el viaje, difícilmente le sacaría a Austin más de un reportaje, y aunque pudiera ya da igual, el incentivo principal del viaje ha desaparecido, venir para recordar no es buen plan, siempre he tratado de creer que no creo en la nostalgia.

Lo cierto es que a este lugar, el Harry Ransom Center, se le puede exprimir jugo como para rellenar varias páginas de todo tipo de suplementos y secciones. El sitio ya lo conoces por fuera, es esa fortaleza cúbica de hormigón armado, que parece como un búnker que hubiera emergido del subsuelo allí donde la fuente del campus, en la 21, impulsado hacia la superficie por un movimiento tectónico. Dentro de este cubo gris hay cuarenta y tres millones de documentos, que entre otras cosas incluyen dos de las biblias originales de Gutenberg, la primera foto de Nicéphore Niépce, algunos *first folios* de Shakespeare, los archivos completos o parciales de genios vivos y, sobre todo, muertos, el mago Houdini, Poe, Conan Doyle, Jean Cocteau, Gabriel García Márquez, Joyce, Beckett, David Foster Wallace, Coetzee, Ishiguro, Anne Sexton, David O. Selznick, Robert de Niro, Arthur Miller, Aleister Crowley, Paul Bowles, Lewis Carroll, Faulkner, Borges, Baroja (¿cómo acaba Baroja en Texas?), Hemingway, Malcolm Lowry, la agencia Magnum, todo tipo de libros raros, los papeles del Watergate de Bob Woodward, partituras manuscritas de Verdi, Stravinsky, Ravel, escritos de Newton, hojas de cálculos de Einstein, solo con esto te empiezas a hacer una mínima idea: es un archivo infinito. Cuesta creer que esta especie de biblioteca de Alejandría de nuestros tiempos haya acabado en una ciudad tan poco conocida del cen-

tro de Texas, el último estado que alguien asociaría con cualquier tipo de repositorio de la alta cultura. Uno se pregunta qué hace esto en Austin, cómo llegó a parar aquí. El sitio me pasó completamente desapercibido en mis dos visitas anteriores a Austin, verás que siempre está muy al final de cualquier lista de cosas que ver en esta ciudad, antes te aparecerán la tienda de botas de cowboys de South Congress Ave, la barbacoa de Aaron Franklin, el circuito de Fórmula 1 o la colonia de murciélagos bajo el puente de Congress Ave. Preguntas a cualquier tipo por la calle sobre el Harry Ransom Center y no sabrían decirte qué es, ni mucho menos dónde está. Yo jamás hubiera sabido de la existencia de ese archivo si en el periódico no me hubieran puesto la pistola en la sien con el cuento de que o traigo algo para rellenar páginas del suplemento o no hay viaje a Austin este año.

Antes de llegar a Austin, consulté en su web varios inventarios de los fondos, en busca de los temas de relleno más desvergonzadamente obvios con los que solucionar algún hueco del suplemento dominical, a saber, los papeles del Watergate de Bob Woodward, o las libretas y enseres de Gabriel García Márquez, cualquiera de esas cosas podrían servirme para fabricar algo publicable en poco tiempo. La idea era entrar al HRC fugazmente, con un plan, como un ladrón que sabe a lo que va, hacer fotos a unos cuantos papeles medianamente interesantes que ya leería más adelante en una pantalla, largarme de ahí rápido y así quitarme de encima toda la investigación para el artículo. Una vez resuelto el tema del encargo, me quedaría asistir a un par de charlas del congreso, las que coincidieran con tus clases, y allí publicaría dos o

tres fotos y tuits para construir mi coartada. El resto del tiempo quedaba liberado, y lo iba a pasar todo contigo hasta despedirte en el aeropuerto con lágrimas, babas, gemidos y puede que hasta mocos. La órbita del planeta-de-lo-nuestro era muy estrecha, los días duraban sesenta minutos, las horas sesenta segundos: desperdiciar una mañana era como tirar media vida a la basura.

Luego, tras despedirnos, llegaría el momento de pasar por la cámara hiperbárica para sobrevivir a la inmersión, para expulsar de mi sistema los efectos de esa otra atmósfera, para ello haría una escala de una noche en un hotel de NYC, y me haría «un Peláez», que es como llamamos en la redacción a los reportajes que uno escribe del tirón y a contrarreloj, después de haberse pasado una semana sin escribir una sola palabra, viajando y viviendo la vida a costa del periódico, reportajes que se entregan un minuto antes del cierre, justo al iniciar el viaje de vuelta, y que se crean con la inestimable ayuda de cualquier estimulante y una botella de whisky, que es lo que hacía siempre un tal Peláez al que no llegué a conocer porque reventó de un paro cardíaco en Bangkok justo cuando yo entré a trabajar aquí, pero que ha dado su nombre a un estilo de vida que, con lo poco que nos pagan hoy día para viajar, es más una leyenda que una realidad, porque el hotel de NYC y el vicio me los tengo que costear yo. Me encerraría, pues, a redactar el reportaje de una sentada en un hotel de NYC, y acto seguido me destruiría hasta que todo lo ocurrido en Austin se disolviera en una solución tóxica, perdiera la nitidez de un ayer para hacerse gaseoso como las formas de un sueño, y al día siguiente volvería a Madrid idiotizado, somnoliento, incapaz de pensamientos complejos, con

el trabajo resuelto, con ganas de casa, hambre de sobras y sándwiches, cuerpo de sofá, derecho a manta y a caprichos de enfermo, fingiendo que la resaca es cansancio del deber cumplido mezclado con *jet lag*, comer tumbado, dormir de día, quedarme en calzones hasta la mañana siguiente, dejar de ser, estar solamente.

Pero me has cambiado de planes y, como suele pasar en este tipo de situaciones, el tiempo se ha condensado, y ahora se estira de otra manera, se ha convertido en un recurso hiperabundante, que lo inunda todo, y remontar este pantano de horas hasta alcanzar la hora de volver se me hace como nadar en aceite. Todo esto no te lo digo para hacerte sentir mal —aunque quién sabe, quizás inconscientemente sea precisamente lo que intento—, sino para explicarte que he pasado horas y horas refugiado en la sala de lectura del Harry Ransom Center, que no tiene ventanas, ni ecos, ni sonidos, está envuelta en una oscuridad parcial, de la que emergen los pequeños haces de luz de las lámparas que aquí y allá encienden el puñado de investigadores que examinan en silencio algún manuscrito. He comprendido que esto es lo más parecido a un tanque de aislamiento sensorial que podré encontrar estos días, un refugio, y no tengo ya ninguna prisa en resolver ese reportaje de relleno. He entrado con ganas de perderme entre los cuarenta y tres millones de documentos que podría solicitar en esta sala de lectura, tuve que dejar todo en una taquilla y firmar una autorización por la cual se me permite hacer fotos a los originales siempre que no los comparta públicamente sin solicitar antes un permiso. Hay un mostrador en un extremo de la sala, atendido por dos bibliotecarios de aspecto bastante extraño, un calvo con pelo largo, tiran-

tes y barba canosa que le llega al pecho, y una señora con una melena gris enmarañada y unos ojos miniaturizados por el efecto óptico de unas gruesas lentes. Ambos sirven los materiales a los investigadores de la sala y se aseguran de que estos sean manipulados con el debido cuidado, con pinzas, entre láminas de acetato, sacando las hojas de papel solo de una en una. Vigilan que no masques chicle, que no utilices ningún otro útil de escritura que los lápices que ellos te entregan, que solo te sirvas de sus folios amarillos para tomar notas, folios entre los que supongo que sería más difícil sustraer algún documento por el contraste con ese color. No emiten ni una sola palabra innecesaria, no escatiman ni desperdician un solo centímetro en sus desplazamientos para resolver una solicitud, se mueven como si estuvieran practicando taichí, sin hacer un solo ruido, cada uno de sus desplazamientos es exacto y certero, ni demasiado lento ni demasiado rápido, al cabo de un rato se hacen invisibles y se funden con el mobiliario, la regla general por la que se rigen es no perturbar jamás el ambiente de concentración de los investigadores que igualmente pasan horas en silencio estudiando manuscritos, notas escritas al margen de un libro, tachones en una galera, el matasello de una carta. Merecería la pena visitar el *reading room* del HRC solo por observar y contagiarse de la quietud de este lugar diseñado para la hiperconcentración, habilitado para aquellos que quieren profundizar en las cosas como si fueran en batiscafos.